



La era de las expectativas limitadas

PAUL KRUGMAN

Ariel ECONOMÍA

Índice

Portada

Prólogo

Prefacio

Introducción

Primera parte. Las raíces del bienestar económico

Capítulo 1. Crecimiento de la productividad

Capítulo 2. Distribución de las rentas

Capítulo 3. Empleo y desempleo

Segunda parte. Dolores y molestias crónicos

Capítulo 4. El déficit comercial

Capítulo 5. La inflación

Tercera parte. Problemas de política económica

Capítulo 6. Sanidad

Capítulo 7. El déficit presupuestario

Capítulo 8. La Reserva Federal fortificada

Capítulo 9. El dólar

Capítulo 10. Libre comercio y proteccionismo

Capítulo 11. El Japón

Cuarta parte. Delirios financieros

Capítulo 12. El escándalo de las cajas de ahorros

Capítulo 13. Perderlo todo

Capítulo 14. Finanzas globales

Quinta parte. Las perspectivas de los Estados Unidos

Capítulo 15. Un final feliz

Capítulo 16. Un aterrizaje duro

Capítulo 17. Inercia

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Prólogo

En la actualidad, los escritos de tema económico son mejores de lo que lo fueron jamás. Pero ahora hay tantos —enfrentándose con frecuencia en relación con fines contradictorios— que uno, como lector inteligente y motivado, está más despistado que nunca. ¿Qué hacer?

Se precisa una guía competente, preparada por un investigador probado y demostrado, un libro divulgativo que seleccione lo que es esencial enfatizar y lo presente de una forma sensata que nos dé confianza y comprensión. Se trata de un encargo difícil. Pero Paul Krugman es el economista que intenta hacer este trabajo. Y veo que lo ha logrado maravillosamente bien.

Estoy orgulloso de mi generación de economistas orientados a la política económica. Ustedes conocen sus nombres: Walter Heller, Milton Friedman, John Kenneth Galbraith, Arthur Okun, Herbert Stein, Peter Drucker y muchos más. Pero, como dijo algún sabio, la ciencia progresa de funeral en funeral. Paul Krugman es la estrella naciente de este siglo y del que viene, y el mundo se abre camino hasta su puerta. Lo suyo son las finanzas internacionales, pero ésa es sólo una de las muchas cuerdas de su violín. El Banco Mundial, el FMI, el Banco del Japón y la reserva federal de Boston, todos, quieren aprovechar su fuente de saber y nuevas ideas.

La era de las expectativas limitadas es una demostración de genialidad. A aquellos economistas y no economistas que lo utilicen como guía para navegar por los misterios

de la inflación y la recesión, la economía de la oferta y la productividad, los tipos de cambio flotantes y los mercados de bolsa volátiles, les digo *Bon voyage!*

PAUL A. SAMUELSON
Mayo de 1990

Prefacio

En economía hay tres tipos de escritos: en griego, el de sube y baja y el de aeropuerto.

El escrito en griego —de manera formal, teórica, matemática— es como se comunican los profesores. Al igual que cualquier campo académico, la economía tiene su buena parte de escritores mercenarios y falsos, que utilizan un lenguaje complicado para ocultar la vulgaridad de sus ideas. También comprende grandes pensadores, quienes utilizan el lenguaje especializado de la disciplina como un modo eficiente de expresar visiones profundas. Sin embargo, para cualquiera que no tenga una formación de licenciado en economía, incluso el mejor escrito en griego es completamente impenetrable. (Un crítico del *Village Voice* tuvo la desgracia de enfrentarse a parte de mi propio trabajo en griego. Encontró «ecuaciones, esquemas y gráficos de sorprendente oscuridad... un lenguaje que hace que el escolasticismo medieval parezca accesible e incluso alegre».)

La economía del sube y baja es lo que uno encuentra en las páginas empresariales de los periódicos o incluso en televisión. La misma se preocupa por las últimas noticias y las últimas cifras, de ahí su nombre: «Según las últimas estadísticas, suben las nuevas construcciones, indicando una fuerza inesperada en la economía. Los precios bajan en Bond Street según las noticias...» Este tipo de economía tiene la reputación de ser asombrosamente aburrida, una reputación que está casi enteramente justificada. Existe un arte para hacerlo bien —hay un Zen para todo, incluso para

las previsiones económicas a corto plazo—. Pero es una lástima que la mayoría de la gente piense que la economía del sube y baja es lo que hacen los economistas.

Por último, la economía de aeropuerto es el lenguaje de los *best-sellers* sobre economía. Estos libros se hallan en exposición mayormente en las librerías de los aeropuertos, donde es probable que los compre quien viaja por negocios y cuyo avión sufre retraso. La mayoría de estos libros predice un desastre: una nueva gran depresión, el aplastamiento de la economía de los EE.UU. por las multinacionales japonesas, el hundimiento de la moneda americana. Una minoría presenta la visión opuesta, un optimismo sin límites: la nueva tecnología o la economía de la oferta están a punto de conducirnos a una era de progreso económico sin precedentes. Pesimista u optimista, la economía de aeropuerto siempre es divertida, raramente bien informada y nunca seria.

Pero ¿qué hay para el lector inteligente que desea estar bien informado pero que no quiere estudiar un doctorado? La respuesta, desgraciadamente, es no mucho.

En 1989, el *Washington Post* me abordó con la idea de escribir un breve resumen sobre la economía de los EE.UU. que fuera accesible al público no profesional, aunque mantuviera una calidad intelectual. Lo consideraban como el piloto de una serie de libros divulgativos sobre varios temas, desde la defensa nacional hasta el medio ambiente, en la cual los especialistas y el público culto hubieran dejado de hablar un lenguaje mutuamente ininteligible. El resultado es este libro.

El título del libro, y su tema, se me ocurrió cuando intenté apuntar a lo que la economía de aeropuerto hace mal. A mi parecer, el problema más importante de los libros del quiosco de periódicos es que no permiten término medio entre el desastre y la gloria. O bien la economía está a punto de desintegrarse o bien las cosas serán maravillosas, y, dado que la economía nunca se desintegra, aquellas per-

sonas que no tienen un humor condenatorio y pesimista llegan habitualmente a la conclusión de que todo va bien. No obstante, evitar la crisis y que las cosas vayan bien no son lo mismo.

El hecho es sencillamente que la economía de los EE.UU. no va bien, en comparación con cualquier expectativa previa. A finales de los años sesenta, casi todo el mundo esperaba que la gran prosperidad de la posguerra continuara. *Fortune*, por ejemplo, predijo en 1967 que los salarios reales aumentarían un 150 por ciento en el año 2000. De hecho, hoy, los salarios reales no son más altos de lo que eran en la época del artículo. Mientras que unos cuantos americanos han prosperado hasta un punto sin precedentes, en América la pobreza ha estado creciendo tanto en extensión como en severidad. Un persistente déficit comercial ha precipitado el relativo descenso de América en la economía mundial, hasta el punto de que podríamos muy bien ser el tercer poder económico a finales de esta década.

¿Cuándo terminarán estas decepciones? Muy posiblemente nunca —lo cual es la razón de que la economía de aeropuerto sea tan engañosa—. Se puede tener estabilidad sin progreso, evitar una depresión sin conseguir un crecimiento económico continuo. Ésta ha sido la historia básica de la economía de los EE.UU. durante la última generación, y probablemente será su historia en el futuro.

Podría haberse esperado que los problemas económicos de América culminaran de otra forma, a través del proceso político. En relación con lo que casi todo el mundo esperaba hace veinte años, nuestra economía ha ido muy mal. Seguramente debería haberse esperado una reacción política drástica. Sin embargo, pese al nerviosismo reinante, esa reacción nunca ha tenido lugar. Considero la ausencia de protesta ante el comportamiento básicamente sombrío de nuestra economía como el hecho más notable de América hoy en día. Ya sea señal de nuestra fuerza, ya de

nuestra debilidad política, resulta asombroso cuán fácilmente los americanos han reducido sus expectativas de acuerdo con su actuación, de tal modo que, desde un punto de vista político, nuestra gestión económica parece ser un enorme éxito.

Así, éste es mi tema. Vivimos en una «era de expectativas limitadas», una época en la cual nuestra economía no ha marchado demasiado bien, pero en la cual hay pocas exigencias políticas de que funcione mejor.

En este libro intento documentar tanto nuestros fracasos económicos como nuestros éxitos. Y lo que es más importante, intento explicar *por qué* no nos estamos esforzando más por hacer algo respecto de nuestra decepcionante economía, lo cual se reduce en gran parte a lo doloroso de las medidas que deberíamos tomar si nos propusiéramos seriamente cambiar las cosas. E intento presentar las consecuencias finales de continuar nuestra política actual.

Este libro intenta transmitir numerosas cosas que los economistas profesionales saben pero que el hombre de la calle ignora. Es importante comprender por qué la inflación es menos costosa de soportar y más costosa de detener de lo que piensa la mayoría de la gente; por qué el proteccionismo, aunque habitualmente es algo malo, no da lugar a depresiones; cómo la *débâcle* de las cajas de ahorros fue provocada por una retórica mal enfocada del libre mercado. En relación con estos y otros temas, he descubierto que la simple verdad es ampliamente considerada como chocante y herética.

Espero que América acabará siendo rescatada de su inercia y que comenzará a enfrentarse nuevamente a los problemas en lugar de dejar que pasen. Sin embargo, el comienzo de la acción debe estar en la comprensión. Este libro no es un tratado político o una llamada a las armas. Es algo menos corriente: un intento de describir cómo son las cosas y explicar el porqué.

Introducción

Hoy en día cuesta imaginar cómo debía sentirse un verdadero optimista en cuanto a la economía se refiere, y creer, como la mayoría de los americanos de la generación anterior, que las cosas sólo podían ir a mejor, que las personas podían contar con un aumento firme de sus ingresos y que los padres podían confiar en que sus hijos prosperasen en el mundo. Sería un error decir que los americanos se han vuelto pesimistas económicos; pese a los ocasionales ataques de ansiedad por el empleo y la reducción empresarial, la mayor parte de la gente continúa encontrando su situación económica tolerable y sus perspectivas aceptables. Sin embargo, las grandes esperanzas han sido reemplazadas, en el mejor de los casos, por una aceptación estoica.

Hay, al menos, un aspecto importante de la economía norteamericana que ha seguido funcionando bastante bien: la mayoría de la gente que desea trabajar aún halla un puesto donde hacerlo. A principios de los años noventa hubo un prolongado descenso laboral, pero incluso en su peor momento, el verano de 1992, la tasa de desempleo alcanzó tan sólo el 7,7 por ciento, algo muy distinto del 10,7 por ciento que existía en la anterior crisis de 1982. En el verano de 1996, la tasa de desempleo había vuelto a descender al 5,3 por ciento, próxima a un bajo en veinte años. Y la recuperación económica había generado más de 10 millones de puestos de trabajo.

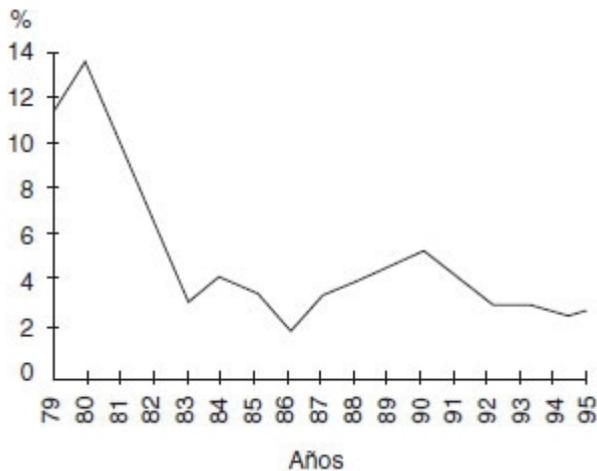


FIG.1. *Tasa de inflación*. La inflación disminuyó en la década de los ochenta...

Aunque la creación de empleo no es un logro despreciable, no es lo mismo que crear una prosperidad duradera. Incluso en las épocas de expansión económica, como la recuperación de 1992-1996, la economía norteamericana ha dejado de ofrecer la clase de evidente progreso económico con el que contaba la generación anterior. Aunque algunas personas se han enriquecido inmensamente y una parte de la población ha alcanzado una opulencia sin precedentes, la típica familia americana y el típico trabajador americano ganan menos que hace 20 años. En efecto, el trabajador americano medio no ha experimentado ningún aumento real de salario neto desde la primera inauguración de Richard Nixon. Y para los americanos que se encuentran en el quinto lugar de la parte inferior de la distribución de la renta, los años transcurridos desde 1980 han sido un poco de pesadilla, ya que la renta real ha ido bajando y la fracción más pobre de la población ha ido creciendo, al tiempo que los sin techo han crecido vertiginosamente.

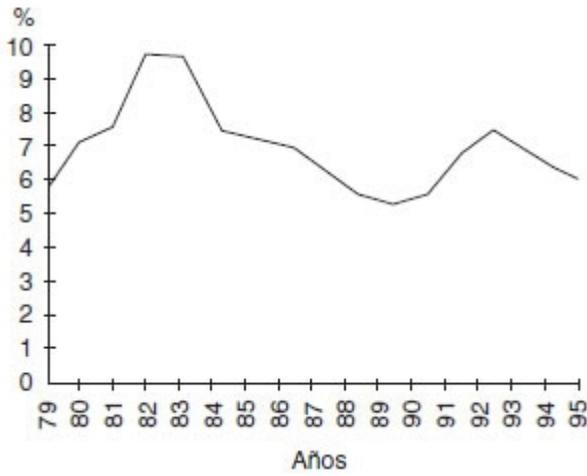


FIG.2. *Tasa de desempleo.* ...y el desempleo se mantuvo relativamente bajo después de alcanzar un máximo en 1982.

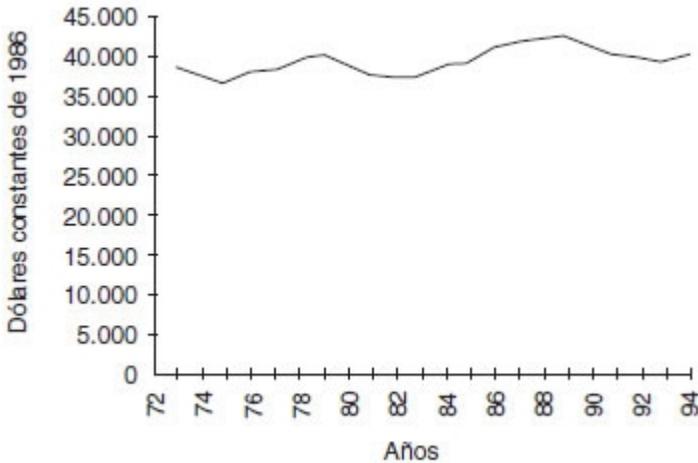


FIG.3. *Renta real media por familia.* Pero la renta real de las familias típicas se estancó...

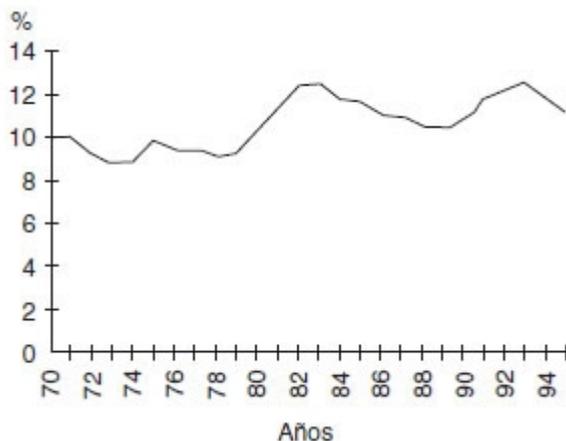


FIG.4. *Porcentaje de familias por debajo del nivel de pobreza. ...y había mucha más gente pobre a principios de los noventa que en los setenta.*

También hay, desde luego, aspectos luminosos en este panorama. Uno es el éxito de la economía en la creación de empleo, absorbiendo la explosión demográfica y el masivo movimiento de las mujeres hacia el trabajo remunerado sin aumento de los puestos de trabajo. La inflación, que parecía estar fuera de control en los años setenta, ha cedido hasta alcanzar un nivel que provoca una escasa incomodidad. Los enormes déficit comerciales que asustaban a muchos observadores de mediados de los ochenta no han desaparecido del todo, pero el fuerte crecimiento de las exportaciones los ha reducido a un tamaño manejable en relación con la economía, y los productores norteamericanos han recuperado cuota de mercado en algunos sectores, como el del automóvil, que se habían convertido en símbolos de la decadencia nacional. La economía norteamericana ha cobrado fuerzas.

Sin embargo, en conjunto nuestra economía ha ido mucho peor durante la generación anterior de lo que nadie habría podido predecir. Hemos entrado en una era en la

que el progreso económico ha pasado a ser algo muy dudoso. Muchos americanos piensan que viven peor que sus padres; e incluso reina el temor de que sus hijos vivan aún peor que ellos.

En la primera edición de este libro acuñé una denominación para esta nueva etapa: la era de las expectativas limitadas. El nombre ha calado hondo y ahora lo utiliza mucha gente que ni siquiera ha leído mi obra.

Aunque los americanos ahora admiten libremente que algo ha salido mal, todavía hay una gran confusión acerca de la naturaleza del problema, incluso entre los que tratan de seguir los asuntos públicos. Mucha gente que se preocupa está convencida de que nuestras dificultades son básicamente financieras y de que sólo podrían curarse eliminando el déficit presupuestario. Otros están convencidos de que nuestro problema es esencialmente de competitividad internacional, desde Japón y/o el Tercer Mundo. Hay incluso unos pocos intransigentes defensores de la oferta, que creen que si George Bush hubiera sido más parecido a Ronald Reagan, los años de la expansión de 1982 a 1989 habrían continuado para siempre.

Lo que parece faltar incluso al público supuestamente informado es un sentido de cómo encajan las diversas cuestiones políticas que llenan las páginas de los periódicos y las tertulias. Durante la campaña de 1992, Ross Perot prometió arreglar la economía «levantando el capó y poniéndose manos a la obra»; pero, ¡ay del mecánico que empieza a hurgar en el motor sin tener idea de cómo funciona un coche! ¿Qué tienen que ver el déficit presupuestario y los costes de la sanidad con la situación competitiva internacional de la industria estadounidense? ¿Qué tiene que ver la situación competitiva con los salarios reales y la distribución de la renta? No hay mucha gente que tenga respuesta a estas preguntas y muchos de los que creen tenerlas se equivocan.

Por tanto, a diferencia de muchos de los libros que se escriben sobre economía, éste no es un trabajo de defensa. En lugar de eso, es una guía del panorama económico. O si lo prefieren, según la metáfora de Ross Perot, es el manual del usuario para encender la chispa del motor económico. Trata de explicar, en el lenguaje más sencillo posible, cómo encajan todas las piezas juntas. No pretende ofrecer respuestas particulares a nuestros problemas, aunque a lo largo de estas páginas resultará obvio que algunas de las respuestas que se han propuesto son descabelladas, mientras que otras prometen (y que algunos problemas no tienen una solución fácil).

El libro está dividido en cinco partes. La primera parte trata del paisaje económico general: las tendencias que mayor impacto han tenido en el bienestar de un gran número de americanos. Una clara visión de estas tendencias es importante si queremos saber hasta qué punto la economía funciona bien, pero las mismas no constituyen, hoy por hoy, problemas de política económica porque ningún cambio seriamente debatido en ésta les afectaría excesivamente.

La segunda parte aborda los dos aspectos de la economía que son ampliamente considerados como problemas, y que nuestro gobierno podría resolver si realmente lo quisiera: el déficit comercial y la inflación. No obstante, como quedará claro, el gobierno se ha negado, de hecho, a hacer nada significativo para reducir o bien el déficit comercial o bien la tasa de inflación, y en esta era de expectativas limitadas esta falta de acción ha demostrado ser aceptable para el público, siempre y cuando no resulte de ella ninguna crisis.

La tercera parte del libro discute una serie de problemas de política económica no tan amplios, todos interrelacionados: el déficit presupuestario, la política monetaria, el dólar, el proteccionismo y las relaciones entre los EE.UU. y